



SEGUNDA PARTE DEL FIN DESGRACIADO DE SEGISMUNDO Y ARDENIA.

Dexé en la primera parte
con magestad y grandeza
al heroyco Segismundo
en su privanza, que era
en la Moscovia estimado
por su virtud y prudencia.
Dexémosle en el gobierno,
y vamos á la Princesa,
que abrasada en vivas llamas,
de esta manera se quexa:
qué es esto, desdicha mia,
qué es esto que me atormenta?
No soy Ardenia? no soy
de la Moscovia heredera?
No aspiran á mi hermosura,
á mi corona y grandeza,
tanto Príncipe de Europa,
sin que ninguno merezca
en mi pecho ó mi memoria
un átomo de fineza?
qué es fineza? ni aun agrado,
ni cosa que menos sea.
Pues como un advenedizo,
de lejas y extrañas tierras,
ha rendido de mi pecho
la incontrastable soberbia?
Mas ay de mí! su valor,
su discrecion, su agudeza,
su persona, compostura,
brio, talle y gentileza,
asaltando el corazon,
no fue mucho se rindiera
á tan valientes soldados,
quando por caudillo llevan

al amor. Pero qué digo!
vuelva la voz, vuelva, vuelva
á las cárceles del pecho,
y aprisionada en cadenas,
muera en perpétuo silencio:
y para que mejor pueda
vengarme de este tirano,
ciego dios que me atormenta,
yo misma he de dar remedio
á tan tirana potencia.
Con esta resolucion,
con notable ligereza
al quarto del Rey su padre
partió, postrándose en tierra.
El padre la recibió,
y dice: querida Ardenia,
parece que tu semblante
de algun pesar me da muestras.
Ella responde: señor,
lo que mi pesar alienta,
es ver que todo tu reyno
te murmura, de que pueda
en tí tanto la pasion,
que á un extrangero le entregas
lo mejor de tu privanza;
de que quejosos se muestran
los Príncipes y Señores,
Atlantes de tu grandeza.
El Rey, dixo: no prosigas;
y porque tu enojo veas
que procede, por faltarte
noticia de quién él sea,
desde hoy quiero que te asista,
y así hablará la experiencia.



Despidióla, y al instante
á Segismundo le ordena,
que mayordomo y criado
vaya á ser de la Princesa.
Obedeció Segismundo,
y fue á verse con Ardenia,
diciendo: Señora mia,
el Rey vuestro padre ordena,
para mayor dicha mia,
que yo asista á vuestra Alteza.
Ardenia quedó turbada
sin poder darle respuesta,
batallando á un mismo tiempo
el amor y la vergüenza.
Mas como siempre el amor
imposibles atropella,
del castillo del recato
rompió las cerradas puertas,
pues dentro de pocos dias
llegó á declararse Ardenia,
y Segismundo tambien,
creyendo de esta manera,
recíprocamente unidos,
que eran sus pechos dos etnas.
Por mitigar tanto ardor,
entre los dos se conciertan
el casarse de secreto,
y de esta suerte lo ordenan.
Dispusieron una caza,
y que se perdiera en ella
Ardenia, y con Segismundo
se juntase, dando cuenta
á un leal criado suyo,
para que él lo dispusiera.
Perdióse en fin, y el criado
la llevó con gran presteza
donde la espera su amante;
y así que con él la dexa,
á una aldea alli vecina
fue, y al Cura le amonesta,

que viniese á socorrer
(porque un alma no se pierda)
á un Caballero, que allí
dexó herido en la floresta.
Dióle en fin unos escudos,
y partió con ligereza
donde estaba Segismundo,
fingiendo sobre la tierra
el que estaba mal herido,
y con lágrimas Ardenia.
Así que llegó, le dice:
Padre mio, yo quisiera,
porque á esa Dama le debo
obligacion verdadera,
viendo mi último trance,
el desposarme con ella.
Eso me parece bien,
dixo, y al punto les echa
la bendicion, y casólos.
Entonces le dixo Ardenia:
tomad, Padre, esos doblones,
y volvereis á la aldea
á traer gente, y llevar
á mi esposo, por si espera
tener remedio su vida.
Con notable diligencia
se partió el bueno del Cura,
y ellos al punto se ausentan.
Se volvieron á Moscovia,
gozosos de tal empresa;
pero la cruel fortuna
en breve se les revela:
y fue el caso que á Moscovia,
con sus cartas de creencia,
llegaron Embaxadores
de Prusia, que á la Princesa
la pedian por esposa
del Príncipe de su tierra;
y de aquesta pretension
á la Princesa dió cuenta



el Rey su padre, y turbada,
deshecha en lágrimas tiernas,
á su padre le responde,
que no ha de dexar su tierra,
pues saliendo de Moscovia,
seria su muerte cierta.
Pero en aquesta ocasion
suspendió esta diligencia,
porque al Rey vino noticia
de como se le rebela
con unos fieros tumultos
una ciudad, y fue fuerza
el ir el Rey en persona,
y mientras que daba vuelta,
nombró por Gobernador
á Segismundo, y apenas
el Rey salió de la corte,
viendo su desdicha cierta,
dispusieron que la fuga
fuese el remedio á su pena.
Recogieron muchas joyas
de oro y plata, y dando cuenta
tan solamente á Violante,
que era ama de la Princesa,
al fiel criado, y tambien
á una principal doncella,
se aperciben á la fuga,
lográndola de manera,
que á la gran ciudad de Praga
llegaron con ligereza,
donde estos tiernos amantes
se echan á los pies del César.
El César les prometió
el ampararlos, y hospeda
conforme á su calidad,
con magnífica grandeza.
Pero vamos á Moscovia,
que así que el Rey dió la vuelta,
sosegados los tumultos,
y oyó la infelice nueva,

no hay tigre, no hay leon fiero,
que se iguale á su fiereza.
Echa rayos por los ojos,
brotando ardientes centellas:
y aunque el César procuró
sosegar llama tan fiera,
con otros Príncipes grandes,
no valió su diligencia,
en espacio de ocho años,
en los cuales la Princesa
tuvo dos bellos Infantes,
retratos de su belleza.
De todo tiene noticia
el Rey, y mas se desvela
aquel cruel corazon
á su venganza sangrienta.
Maquinó una alevosía,
la mas enorme y soberbia,
y fue fingir que sentia
la ausencia de la Princesa,
y de sus queridos nietos,
vertiendo lágrimas tiernas.
Mas ó fiero cocodrilo,
quién tus lágrimas creyera!
Con este mentido engaño,
volviendo á escribir el César,
y los Príncipes amigos,
les permitió que volvieran,
y para mas disimulo,
envió muchas preseas
de joyas y de dineros,
mandando en todas sus tierras
los reciban con aplausos,
con regocijos y fiestas.
Llegan en fin á Moscovia,
y á recibirlos se apresta,
abrazando á Segismundo,
á sus nietos y Princesa,
hizo muchos regocijos
toda la Corte y Nobleza.



Y pasados pocos dias,
le mandó á decir á Ardenia,
que le enviase los nietos,
para que lo divirtieran.
Llevólos en fin el ama,
con el criado y doncella,
los cómplices en la fuga:
y llegando á su presencia,
aquel sangriento leon
previno con ira fiera
unos crueles verdugos,
y sin tener resistencia,
cogió los tiernos infantes,
y con sus manos sangrientas
les dió muchas puñaladas,
sin atender á las quejas
de aquellos ángeles bellos,
que dicen con voces tiernas,
y con doloroso llanto:
abuelo mio, clemencia!
por qué nos matas, por qué?
qué te hizo nuestra inocencia?
Pero él mas que fiera horrible,
de sus heridas sangrientas
bebe la inocente sangre,
diciendo: esta me refresca
los ardores de la ira,
que mi pecho cruel engendra.
Entre tanto los verdugos
al ama y á la doncella,
y al criado dan garrote:
Jesus: qué cruel sentencia!
Puso los cinco difuntos
en una sala: y ordena,
que llamen á Segismundo,
que ignora traicion tan fiera.
Por la senda de la muerte
llegó con planta ligera;
pero entrando por la sala,
y mirando tal tragedia,

á eclipse toca su vista,
y el corazon titubea.
Al instante lo agarraron,
porque no se resistiera,
y el Rey con sus propias manos
le dió la muerte violenta.
A Ardenia mandó llamar,
y llegando á su presencia,
duda lo mismo que mira,
teme lo mismo que observa.
Allí ve á su esposo muerto,
alí á sus hijos lamenta:
no sabe cuál es mayor,
una pena ú otra pena;
no puede hablar ni llorar,
que embargadas las potencias,
impide el llanto á los ojos,
la voz impide á la lengua.
Hablóle el Rey cariñoso,
y dixo: querida Ardenia,
sola tú quiero que reynes,
que eres de mi sangre mesma.
Oyendo aquestas razones,
se enfureció tanto Ardenia,
que con el mismo puñal
que tiene en la cinta, fiera
le dice: padre traydor,
así pagarás mi ofensa.
Y con presteza no vista
le dió una herida funesta,
que el cuerpo quedó sin alma;
y atrevida ya y resuelta,
mirando á su esposo, dice:
pues Segismundo se ostenta
en mejor imperio, es bien
el que con él muera Ardenia.
Y en el cristal de su pecho
á la muerte le abrió puerta,
para que en el mundo sirva
de escarmiento y advertencia.